

Amélie Florenchie e Isabelle Touton (eds.): *La ejemplaridad en la narrativa española contemporánea (1950-2010)*. Madrid / Frankfurt am Main, Iberoamericana / Vervuert, 2011, 324 pp.

Bajo este título se reúnen diecisiete trabajos en torno a la noción de "ejemplaridad" aplicada a la narrativa española contemporánea. Como es habitual en esta clase de trabajos, las páginas iniciales –a cargo de las editoras, las profesoras de la Universidad de Burdeos, Amélie Florenchie e Isabelle Touton– sientan las bases teóricas e históricas del concepto que aglutina los diversos capítulos: Florenchie y Touton trazan de este modo los hitos fundamentales de la tradición de la literatura ejemplar, desde el *exemplum* medieval hasta sus formulaciones recientes, pasando por distintas etapas de nuestra narrativa donde lo ejemplar ha tenido un papel predominante (las huellas de la literatura hagiográfica en los Siglos de Oro e incluso en la novela realista decimonónica y en algunos relatos de la generación del 98). Las obras que centran el libro, sin embargo, pertenecen a la segunda parte del siglo xx y al siglo xxi.

El primer elemento que señalan las editoras –en el que se apoya el criterio de selección de los diferentes trabajos– es la doble acepción del concepto ejemplar: en primer lugar, ejemplar es aquello que sirve de modelo desde una perspectiva fundamentalmente moral; y en segundo lugar, ejemplar es lo que resulta digno de imitación, aquí en un sentido amplio, incluidos los valores estéticos de una obra. A mi modo de ver, habría sido deseable que las autoras hubieran restringido algo más esta noción de ejemplaridad, para evitar el peligro de amplitud –y labilidad conceptual– en el que, a menudo, este tipo de aproximaciones acaba sucumbiendo. Consecuencia de ello es la variedad de los asuntos –tal vez excesiva– de los trabajos que componen el volumen: desde la literatura comprometida de los realistas sociales, en la posguerra española, o de Chirbes, en la España democrática, a la de autores muy distintos entre sí tanto en el contenido de su narrativa como en los caminos formales por los que esta transcurre (por ejemplo, Juan José Millás, Laura Gallego o Manuel Vázquez Montalbán).

En este sentido, resulta notable el esfuerzo de las editoras por componer un libro que, pese a la variedad comentada, resulte coherente y atractivo al lector. En primer lugar, aunque los autores se acogen a la noción de ejemplaridad desde la acepción que mejor se ajusta a sus intereses investigadores, lo cierto es que la mayor parte de ellos sitúa sus reflexiones en torno a la cualidad moral de los modelos presentados, incluidas la parodia y las contrafiguras ejemplares: así, la

distancia irónica con respecto a los personajes de las novelas históricas de Paloma Díaz-Mas o la deconstrucción de los relaciones paternofiliales en los relatos de Ricardo Menéndez Salmón. En segundo lugar, casi todos los autores comparten parecida base teórica con relación a la ejemplaridad: los trabajos de Emmanuel Bouju, Vincent Jouve o Philippe Forest orientan muchas de las reflexiones de este libro, dotando a los diversos capítulos de una cierta cohesión metodológica. Por último, la división en partes del volumen busca organizar los contenidos en base a unas directrices bien definidas.

En cuanto a la estructura del libro, destaca la sección inicial compuesta por una serie de textos a cargo de tres importantes escritores del panorama actual: Isaac Rosa, Ricardo Menéndez Salmón y Paloma Díaz-Mas. El primero de ellos –autor de las celebradas *El vano ayer*, *¡Otra maldita novela sobre la Guerra Civil!* y *El país del miedo*– pone el acento en la responsabilidad cívica del escritor y en el empeño ético de la literatura. Para Isaac Rosa el artista es un intérprete de la realidad, hasta el punto de afirmar que “los novelistas jugamos un papel en la construcción de ciudadanía en democracia”. Parecida opinión parece tener Ricardo Menéndez Salmón, para quien la escritura posee también una insoslayable dimensión ética, situando su propia obra (*La ofensa*, *Derrumbe*, *El corrector*) en contra de lo que él entiende como “indiferencia”, una cualidad que, en cambio, cree advertir en muchas manifestaciones de la narrativa actual, caracterizadas por la autorreferencialidad, la metaliteratura, el caos formal, y descreídas de los grandes discursos. Un relativismo estético, moral e ideológico que tanto Rosa como Menéndez Salmón señalan como uno de los grandes peligros de la literatura que se escribe hoy.

Paloma Díaz-Mas se distancia de este tipo de afirmaciones contundentes, al asumir lo que intuye una contradicción intrínseca a toda obra de arte: mientras los autores suelen rechazar la ejemplaridad como motor creativo, los lectores sí buscan historias ejemplares, de las que extraer alguna clase de conocimiento. Por ello, en su caso se decanta por la novela histórica (*El rapto del Santo Grial*, *El sueño de Venecia*, *La tierra fértil*), cuya “enseñanza” consiste en poner de manifiesto la relatividad de la verdad histórica y la necesidad de conocer el pasado para entender el presente.

De algunas de estas cuestiones se hacen eco los trabajos que siguen a continuación y que se dividen en cuatro secciones. La primera, dedicada a “La ejemplaridad: un pacto de responsabilidad con los lectores”, reúne varios textos en torno a la novela de la memoria histórica focalizada en la Guerra Civil y el Franquismo. Como excepción, el capítulo a cargo de Geneviève Champeau, quien se ocupa de la función didáctica, así como del carácter normativo y dogmático de la narrativa del realismo social, y pone el acento en las prácticas contradiscursivas de la narrativa de la disidencia (es decir, su dependencia del discurso que combate, y que obliga a concebir la palabra como vehículo de comunicación y a rechazar de plano las manifestaciones no miméticas, formalistas o esteticistas, al entenderlas como expresiones burguesas y de evasión). Por su parte, Catherine Orsini-Saillet estudia la obra de Rafael Chirbes –tanto sus novelas ambientadas en la Guerra Civil como en el Franquismo o en el presente– teniendo en cuenta

el multiperspectivismo y la ambigüedad inherente a unos personajes complejos y contradictorios, que funcionan como catalizadores de conflictos cuya resolución compete encontrar a los lectores. Isabelle Steffen-Prat se interesa por *Decidme cómo es un árbol*, las memorias de Marcos Ana a propósito de su experiencia como preso político en las cárceles franquistas durante veintitrés años. Del héroe anónimo y cotidiano exaltado en el texto de Ana pasamos al lugar del autor en la obra de Juan Goytisolo, *Las semanas del jardín*, en el capítulo firmado por Yannick Llored: en él se analiza la presencia de determinados artificios estéticos (las figuras del doble y el fantasma, la mezcla de diversas prácticas discursivas y genéricas) y sobre todo se indaga en cómo dichos artificios amplían y complejizan las posibilidades de la crítica social. Por último, Amélie Florenchie estudia *El vano ayer* y *Otra maldita novela sobre la guerra civil*, de Isaac Rosa, y advierte cómo ambas narraciones deconstruyen el mito del héroe republicano y de la reconciliación nacional que aparentemente selló la transición democrática, y que se encuentran en el centro de determinados discursos –alentados por los poderes públicos– y de un buen número de novelas contemporáneas sobre la Guerra Civil y el Franquismo.

La segunda parte del volumen, “Apuntes para otra estética de la resistencia”, incluye dos textos: uno de Benoît Mitaine sobre *Tiempo de silencio* y la ruptura que, en su día, esta novela supuso con respecto al paradigma literario anterior, en la medida en que introdujo nuevos caminos sin renunciar a la crítica social; y el otro, de Antonio Francisco Pedrós-Gascón, se ocupa de los elementos también de ruptura estética en la obra de José Manuel Caballero Bonald, tras la estancia en Colombia de este escritor durante los años 1960-1962 y tras adoptar un tipo de lenguaje más complejo, incluso barroco, y determinados aspectos de lo realmaravilloso, como se advierte en varias de sus obras, entre ellas *Ágata ojo de gato* o *Campo de Agramante*.

La visión del concepto de ejemplaridad que estos últimos textos ponen en juego tiene que ver fundamentalmente con la segunda acepción del término (la ejemplaridad estética o literaria), aunque no anula por ello la primera (la de tipo moral). Por esta senda sí transitan, en cambio, las dos reflexiones incluidas en la tercera parte del libro, titulada “Novelas históricas, novelas ejemplares”. Ambas propuestas comparten la indagación en el pasado para mejor comprender el presente: en el caso de las novelas de Paloma Díaz-Mas –especialmente *La tierra fértil*–, Isabelle Touton, en su muy esclarecedor trabajo, desgrana algunos recursos que contribuyen a cuestionar ciertos modelos de conducta (sobre todo los que atañen a los géneros sexuales), a través del uso de la parodia y la deconstrucción de tópicos y discursos; Agnès Delage, por su parte, estudia *César o nada*, de Manuel Vázquez Montalbán y evalúa el compromiso político del escritor en base a la reflexión que la novela desarrolla en torno al antagonismo entre ética y práctica del poder.

Finalmente, la cuarta y última parte del volumen –“Y... la construcción de género(s): nuevos ejemplos (y contraejemplos) femeninos y masculinos”– aglutina diversos trabajos en torno a cuestiones que afectan a los roles sexuales. De las distintas partes que componen el libro, esta es, a mi parecer, la más heterogénea de todas. Incluye un capítulo sobre *Nosotros los Rivero* de Dolores Medio (Maylis

Santa-Cruz) a propósito de la ejemplaridad de los modelos femeninos al margen del discurso dominante; un segundo sobre la mujer en las novelas de José María Guelbenzu y la evolución de esta clase de personajes a lo largo de las obras del autor (Myriam Roche); un tercero, de entre los más interesantes, sobre *Hay algo que no es como me dicen* de Juan José Millás (Isabelle Fauquet) y la trayectoria ejemplar de su protagonista, víctima de acoso sexual por parte del alcalde de Ponferrada, ayuntamiento del que ella era concejal; un cuarto sobre la ejemplaridad subyacente en la literatura infantil y juvenil a través del personaje de Ahriel, el ángel de sexo femenino creado por Laura Gallego (Philippe Merlo); y un quinto sobre los personajes masculinos en cuatro relatos de Ricardo Menéndez Salmón (Nicolas Mollard), con respecto de los cuales acaban por cuestionarse una serie de estereotipos (el buen padre, el buen hijo) y revelando su contraejemplaridad.

Tras este recorrido, el lector puede ya responder a la pregunta que, en el prólogo, formulan las editoras del volumen: en efecto, en plena Posmodernidad, donde la estética, al parecer de muchos, se habría separado de la moral, siguen proliferando los relatos ejemplares. Aunque no ejemplares de una manera simplista o dogmática, sino a menudo (al menos en los casos más afortunados), de una manera compleja, ambigua e incluso contradictoria. Así lo revelan los personajes que protagonizan muchos de los relatos estudiados: el "héroe cóncavo" chirviano, tal y como lo define Orsini-Saillet, los ambiguos personajes de Isaac Rosa o los directamente contraejemplares de Ricardo Menéndez Salmón. Muchos de ellos contestan los modelos dominantes en determinados periodos culturales. Los lectores deben, en esas ocasiones, cooperar en la construcción de su significado (y del significado entero de la obra) para poder reconstruir, aunque sea precariamente, una suerte de mensaje moral. En este sentido, y de manera implícita, muchos de los textos estudiados –y así lo ponen de manifiestos sus críticos– se interrogan acerca del papel del autor, ya sea a través de narraciones referenciales (memorias o reportajes periodísticos, como los de Marcos Ana y Juan José Millás, respectivamente) o a través de la ficción en novelas concebidas al servicio de la realidad. Que la ejemplaridad (o contraejemplaridad) de sus personajes –haciendo caso de las palabras de Isaac Rosa en este volumen– llegue a los lectores y modifique su sistema de valores, es algo que habrá que evaluar.

ANA CASAS  
ana.casas@uah.es  
Universidad de Alcalá